

BIBLIOGRAFIA

OCTAVIO NICOLAS DERISI. — *Filosofía Moderna y Filosofía Tomista.*—

Un vol. de 242 págs. — $21\frac{1}{2} \times 15\frac{1}{2}$. — Ediciones Sol y Luna, Buenos Aires, 1941.

Florece de nuevo en varios países de América — Argentina, Colombia, México — de donde nos llegan libros, ensayos y artículos interesantes, la filosofía tomista — filosofía perenne — que enriqueció nuestra tradición cultural en siglos pasados y que constituye la expresión más alta del pensamiento católico.

Se incorpora dentro de esta corriente, el claro y vigoroso pensamiento de Octavio Nicolás Derisi, autor del libro que motiva esta nota y, entre otros varios, del titulado "Los fundamentos metafísicos del orden moral" que tantos elogios ha merecido.

Compagina Derisi, en su obra, una serie de trabajos cuyo fin, pese a la superficie diversa en que el pensamiento se manifiesta en cada uno de ellos, como el autor mismo lo declara, es uno y constante: desentrañar el espíritu que anima a la filosofía tomista y a la filosofía moderna.

Si alguna definición se puede aplicar al tomismo es ésta: filosofía del ser, ya que frente a la realidad adoptamos dos actitudes: nos dirigimos a ella para aprehenderla (actitud teórica) o para realizarla de algún modo (actitud práctica). Ambas actitudes tienen como objeto el ser y de ellas surgen los dos grandes problemas filosóficos: el problema ontológico-gnoseológico y el problema ético.

A todo lo que existe, desde Dios hasta la más humilde de las creaturas, corresponde el ser pero diversamente, analógicamente y no en forma unívoca. Dios es la perfección pura sin sombra de potencia; a infinita distancia siguen los espíritus puros — los ángeles — compuestos de esencia y de existencia; después los seres constituidos de materia y forma y, entre ellos, el hombre cuya forma es intrínsecamente independiente de la materia, los animales cuya forma no es independiente pero es superior a la materia, mas abajo, aquellos de forma simplemente vital y, por último, los inorgánicos, en los cuales la forma se halla sumergida en el seno mismo de la materialidad.

Los sentidos del hombre se dirigen a las cualidades sensibles de los objetos mientras que la inteligencia posee su objeto propio, adecuado, que es el ser. Pero como el alma humana está unida al cuerpo, su objeto inteligible, proporcionado, es "la forma o acto de los seres materiales embebida en la materia" a la que llegamos por los sentidos despojando a aquellos de su materialidad.

Por eso nuestro conocimiento es pobre e imperfecto y más aun si es conocimiento de Dios, a quien no podemos conocer sino a través de esa vía penosa que recorre la inteligencia y, por eso también, la filosofía — a diferencia de las ciencias — que por su objeto es la disciplina más elevada por su medio, la inteligencia humana, es la más pobre.

Así como por el conocimiento de los seres nos elevamos al conocimiento de Dios, el Ser por excelencia, por el amor, por la tendencia buscamos en el camino de los bienes creados, el bien absoluto. Inteligencia y amor llevan al hombre hacia su fin: la glorificación de Dios y la realización de su plenitud ontológica que implica la consiguiente felicidad.

La norma suprema de valoración filosófica no es la inteligencia de un filósofo, ni la originalidad de su pensamiento, es otra: la verdad, nos dice el autor de "Filosofía Moderna y Filosofía Tomista", y, a la luz de la verdad, hay que confrontar esas dos filosofías.

Frente a la filosofía de Santo Tomás, y en general, de los pensadores medievales, escribe Derisi, filosofía trascendente, Descartes elabora otra de tipo immanente. Frente a la primera actitud que va de fuera a dentro, Descartes inicia otra que va de dentro a fuera. El entendimiento para el pensador moderno, no sale de sí mismo, no trasciende ni siquiera los límites de la idea, generándose así la famosa cuestión del "puente" entre sujeto y objeto, entre pensamiento y realidad. Para encontrar la solución satisfactoria de este falso problema, Descartes recurre a la veracidad divina. Pero ¿cómo sale el pensamiento fuera de sí para alcanzar el ser trascendente de Dios? "Esta es la importancia del "Discurso del Método", haber cambiado el curso de la filosofía de realista en idealista, haber descentrado la inteligencia del ser trascendente para encerrarla en su immanencia, haber opuesto a una filosofía tipo gnoseológico-metafísico otra puramente gnoseológica". Estas son las consecuencias de la actitud del filósofo que señalaba como fuentes de la verdad a las ideas claras y distintas sin ninguna confrontación con la realidad, actitud que se sostiene sobre la duda metódica, "impensable", ya que la duda, que es pensamiento, como todo pensamiento contiene un objeto, y que mantenida en todo su rigor es completamente estéril e infecunda porque empieza poniendo en tela de juicio el valor de la inteligencia por un acto de la misma inteligencia.

Esta doctrina de la immanencia absoluta del pensamiento, triste herencia dejada por Descartes, se revela, entre otros sistemas, en el idealismo kantiano que pretende resolver la capacidad de la inteligencia para conocer la realidad por medio del análisis trascendental de la misma inteligencia, en la fenomenología que toma el concepto escolástico de la intencionalidad de la conciencia pero que se detiene en la mitad del camino poniendo entre paréntesis la realidad y en el irracionalismo que busca vanamente por el camino del sentimiento lo que la inteligencia privada de su objeto propio — el ser — pretende no ver.

Mario ALZAMORA VALDEZ.

Dr. W. STEKEL. — *Cartas a una Madre sobre la edad escolar.* — Un vol. de 12 × 17 cm. — Ediciones Imán. — Buenos Aires.

Dr. W. STEKEL. — *Cartas a una Madre sobre la pubertad y la adolescencia.* — Un vol. de 12 × 17 cm. — Ediciones Imán. — Buenos Aires.

En el curso de estas dos obras iremos espigando datos biográficos del Autor, el Doctor Guillermo Stekel.

I.—En la portada nos dice que una larga experiencia psiquiátrica le confiere el derecho y hasta el deber de comunicar las conclusiones de sus experiencias a las madres, y que el amor a la infancia habla en él.

En la primera carta se declara adversario de las operaciones múltiples. Se corta, quema y arranca en los niños lo que había podido quedar en su puesto. "No creo, dice, que existan órganos superfluos. La naturaleza procede con mucha seguridad, creemos inútil aquello cuyo destino desconocemos".

No quiere tampoco que se engañe al niño, que se le prometa lo que no se quiere dar, ni se le recompense demasiado a menudo, ni se le dé demasiado temprano dinero, y recomienda atinadamente la prudencia ante su espíritu inquisitivo, que se revela muy temprano.

Advierte que el niño es muy sensible a toda injusticia cometida contra él, pero raramente reconoce la propia; hace resaltar su voluntad de dominación.

Todo va, en estas cartas, apoyado en casos concretos.

En la segunda responde a la pregunta ¿cuándo pondrá la madre a su pequeño los primeros pantalones? Aboga porque el muchacho tenga desde temprano conciencia de su sexo. Condena severamente los concursos de belleza, lo mismo que el encierro del niño rebelde en un rincón oscuro y el forzar al niño culpable a pedir perdón, *porque rompe el orgullo de la personalidad en el niño.*

Nos dice que el acto de roerse el niño las uñas significa el primer odio dirigido hacia el interior, que se manifiesta físicamente, y quiere se le enseñe temprano a conducirse conscientemente, *no por temor a un castigo celeste o terrenal.*

En la tercera principia fustigando a las madres y educadoras desvergonzadas, que dan citas a sus amantes en los jardines públicos, donde llevan a los niños, con la justificación liviana: "el niño no comprende".

Condena el que sean, a veces, testigos de las relaciones conyugales y no quiere presenciar la limpieza de los pescados y la muerte de las aves, ni que se les hable de asesinatos o de hechos parecidos.

Aboga por la creación de escuelas para la educación de las futuras madres y niñeras, habla atinadamente de la curiosidad pueril y del modo de satisfacerla, pero *no quiere se hable al niño del castigo de Dios que lo ve todo y lo castiga todo*, como tampoco que se arreglen los vestidos de los mayores para los más pequeños.

Los padres, advierte al terminar, deben pensar que su vida es una enseñanza intuitiva para sus hijos. No sus palabras, sino sus actos.

Trata en la cuarta, de los juegos de los niños y de soslayo las reacciones perturbadoras traídas por las discusiones y disonancias de la vida conyugal. *En la siguiente* aparece el problema de la escuela: el niño que va a ella de buena

gana y el que la considera como algo hostil. *Aconsejo, dice, a los padres que se ocupen lo menos posible de la escuela. La instrucción es asunto del maestro y no de los padres*, así como los médicos no cuidan por sí mismos a los miembros de su familia, aunque, añade, ingenuamente: Yo lo he hecho sin embargo, porque tengo confianza en mi. Pero yo soy una excepción (pág. 70).

Más acertado nos parece este otro aviso: Es peligroso desalentar al niño, decirle que es perezoso, estúpido, inapto y que no hará nunca nada bueno.

Al terminar pide a la madre que la realidad de su vida no destruya la imagen divina que el niño tiene de ella, lo que es muy acertado, pero de ningún modo admite que la abuela se mezcle en las cuestiones de educación de los nietos.

A la preocupación materna — 6ª carta — de si se debe acompañar al niño a la escuela para que no se pelce con otros, ni caiga en una charca, no desgarre la ropa y no aprenda a blasfemar, responde que los niños no comenzarán nunca demasiado temprano a pegarse y a prepararse para la lucha por la existencia, y que los vestidos son hechos para que se manchen y se desgarren.

Confiesa francamente que él fué un niño *malo* y que sus hazañas podrían llenar volúmenes. Pues bien tanto él como sus compañeros de granjería han triunfado en la vida (pág. 82).

Hoy como psiquiatra es enemigo declarado de los deberes. El niño tiene la escuela para aprender y su casa para vivir libre.

Con mayor fundamento dice que el destino de la humanidad está en manos de los maestros. Por ello es tan peligrosa su formación incompleta y lo es, la que no se apoya en la moral cristiana.

La séptima carta trata de las relaciones entre la escuela y la familia, que sólo suscribiríamos en parte. Concordamos en que "no debe haber ni favoritos, ni chicos emisarios en la escuela.

La octava trata de la infidelidad en el hogar y de su ruptura. Francamente no nos gusta, aun cuando no abogue por el divorcio. Estampa esta afirmación: "la infidelidad de los hombres es, desgraciadamente la regla, y los maridos fieles son una excepción. Pero la fidelidad del pensamiento es tan rara en las mujeres como la fidelidad real en los hombres". Así es en los hogares saturados de laicismo. No es así en el hogar cristiano bendecido por Dios porque fué llamado a su fundación.

En la novena, no es partidario de que varios niños duerman en la misma cama, y propone dormitorios diferentes para niños de distinto sexo. Que tampoco se bañen juntos con sus padres, que no comiencen demasiado temprano a estudiar música, ni se les incline a movimientos políticos.

En la décima, al tratar de la sexualidad infantil, el Doctor Stekel que si fué católico dejó de serlo, nos dice que "la mala costumbre de hacer confesar y co-mulgar a los niños, antes que hayan comprendido la noción de culpabilidad, puede engendrar graves conflictos en el alma infantil.

Su mamá le enseñó de niño que no hay diablos, y añade, por su cuenta: "los hombres tienen necesidad del diablo para justificar ante su propia conciencia" (pág. 145).

Reprueba que la madre exija agradecimiento de sus hijos.

La undécima nos trae esta confesión: He sido durante largo tiempo un mal alumno, perezoso y desatento, porque el azar y la vida me habían hecho conocer demasiado pronto el problema sexual. Eso no me ha hecho daño y es, tal vez, por esa razón que me hice más tarde psiquiatra, y he superado a todos mis colegas. Era tan malo que se me quiso enviar a aprender un oficio al taller de un zapatero. Pero no fui castigado nunca en casa, mi madre tuvo paciencia, y mucho, mucho amor y sabiduría. Llegué, finalmente, a ser uno de los primeros alumnos de la clase, cuando cesaron de hacerme observaciones" (pág. 157).

Por ello desaprueba todos los sistemas de castigo (pág. 156).

Al ocuparse de los libros que excitan una curiosidad malsana, *en la carta XII*, y que son legión, reconoce por su experiencia, la influencia nefasta que ejercen. Sin embargo, abundan los editores sin conciencia que los imprimen y los comerciantes sin escrúpulo que los hacen pasar de mano en mano.

En la última carta, el niño llega a la pubertad que es la gran vertiente de la vida del alumno. Los hay brillantes que pasan a ser los últimos, como algunos de los últimos se elevan muy por encima del término medio. Es lo que ocurrió a nuestro psiquiatra, que nos habla de los problemas que se le presentaron en aquella ya lejana época.

II.—El volumen destinado a la pubertad y a la adolescencia viene desarrollado en diez cartas.

La primera establece el contacto entre adolescentes de ambos sexos y trata de los bailes y de las modas.

Pertenece al bando de los partidarios de la coeducación (pág. 14), aunque, algunas líneas más abajo, recuerda que: es más fácil guardar un saco lleno de pulgas que la inocencia de una muchacha" y podría llenar volúmenes contando las estratagemas que emplean para engañar a sus educadores.

Nota que los bailes modernos llevan a excitaciones eróticas y afirma que es insensato organizar bailes para niños y adolescentes, y que no es raro ver niñas empolvarse y llevar consigo la polvera y el lápiz de *rouge*, estrepeando así su cara cuya frescura natural es el mayor encanto de la juventud.

—"No soy moralista, pero me pregunto ¿cuándo llegará el crepúsculo para la tiranía de la moda. Protesto, añade, contra la manía de imitar siniescamente todo lo que llevan las otras. Las mujeres patizambas no deben llevar faldas cortas. Las damas que tienen los brazos como jamones no deben exhibir, en el teatro, esos trozos de carne desnuda. Vale más vestir lo que es sano que lo que está de moda.

En la carta siguiente habla de la delincuencia infantil. La atribuye en parte a la falta de cariño experimentada por niños, que reaccionan adoptando una actitud de odio hacia la sociedad.

Con tono pesimista dice que en todo ser dormita el germen de un hombre superior y de un criminal, y que el azar y el ambiente deciden del porvenir.

En la tercera quiere hablar sólo como psiquiatra de un asunto en que tiene voz y voto la moral cristiana, por lo que es incompleto y hasta desbarra... llegando a blasfemar...

En la cuarta, pese a lo dicho en la primera, es de opinión que "todos" los niños deben aprender a bailar, porque el baile es, actualmente, una necesidad mundana. Sin embargo, juzga que las danzas modernas subrayan el elemento erótico, y que el ruido infernal del jazz-band es casi un insulto a todo lo que llamamos música. Es que el elemento enfermizo en el arte sofoca al elemento sano.

Trata la quinta de las diferencias políticas en la familia y de los delitos sexuales en la escuela.

El doctor psiquiatra hace en este lugar un prodigioso descubrimiento. ¿Sabe Ud. que ninguno de los discípulos amó tanto a Cristo como Judas? Este estaba celoso de sus hermanos, los otros Apóstoles. Se vengó porque no era el preferido del Salvador. Los treinta dineros los habrá arrojado al arroyo. ¿Qué le importaba el dinero? Estaba ávido de amor, del gran amor del Salvador que daba al mundo, lo que Judas habría querido para él solo.

Y el doctor quedó tan satisfecho del dislate descubierto, que quiso estañarle en letras de molde.

La sexta carta pretende regular el deseo sexual por los conocimientos adquiridos, el buen sentido, el dominio de sí mismo y el buen gusto de cada cual.

La educación católica encuentra mejores y más autorizadas normas en la Enciclica de Pío XI sobre La Educación Cristiana de la juventud, en la página dedicada a la educación sexual. No anda más acertado en *la carta siguiente* al tratar del nudismo, aunque no lo aprueba.

Dice que las sesiones espiritistas entrañan un grave peligro para la salud moral y declara que la superstición es perniciosa en todas sus formas (pág. 106).

También resultan insuficientes para el educador católico *las cartas octava y novena* para resolver las cuestiones del amor y otras desviaciones juveniles: la inclinación al juego, robo, a la estafa, etc...

La influencia de la biblioteca sobre la formación del adolescente la condena en estas dos fórmulas: 1º—El que quiere tener hijos sanos, debe cuidar de no tener en casa más que libros buenos; 2º—Quien tiene en su biblioteca novelas de crímenes o policíacas, debe hacerse a la idea de ver aparecer en sus hijos tendencias criminales.

Añade — pág. 142 —: En cada casa que visito, miro la biblioteca. Los libros me permiten juzgar el espíritu que reina en ella. Estaría casi tentado a ir más lejos y decir: "Mostradme vuestros libros y os diré la mentalidad de vuestros hijos".

La décima y última carta va dirigida a la madre, ya próxima a ser abuela. Le anuncia una segunda juventud con sus nietecitos.

Le advierte que el hombre quiere amar a su mujer, y nada más que amarla. Que para ello, todo lo que pudiera llevar a detestarla es reprimido y trasladado a otro personaje "inocentemente culpable", que es la suegra.

Nos dice: La madre del hijo no debe habitar nunca con su nuera; la madre de la mujer tampoco debería hacerlo.

III.—Estas cartas, nos advierte el Autor, van dirigidas a las madres y a las que están próximas a serlo. Lo que indica que no deben ponerse indiscretamente en las manos de los niños.

Creemos que su lectura será útil a las personas que se ocupan de la educación de la juventud de ambos sexos. Adquirirán una experiencia que de otro modo vendría sólo lentamente y no sin perjuicio para la buena formación de niños y adolescentes.

La lectura detenida de estos dos libros nos ha llevado al convencimiento que oímos a un intelectual honrado y deseoso de contribuir a la elevación moral de la humanidad.

Pero este intelectual si fué católico, dejó de serlo: un cierto número de afirmaciones heterodoxas lo demuestran. Por esto su obra adolece de lo que Pío XI llama el *naturalismo* pedagógico, que más que aminorar, excluye la formación sobrenatural cristiana en la educación de la juventud. Es por tanto erróneo el método que pregona el Autor, porque es incompleto.

El niño cristiano recibe de Dios, en el Bautismo, una vida superior porque es divina. Y de esta vida no dice una sola palabra el Autor.

Este silencio nos parece excesivo.

Además la Iglesia Católica, en la *inmensa mayoría de los casos*, brinda a sus hijos medios más eficaces, más rápidos y más asequibles a todos, que las consultas del eminente psiquiatra.

El hogar bien formado y santificado por el sacramento de matrimonio; la escuela plenamente católica, los sacramentos de Penitencia y Eucaristía dignamente frecuentados, son de una eficacia abenada ya por veinte siglos de experiencia y que resuelven la inmensa mayoría de los casos.

Reservamos, evidentemente, un sinnúmero que va en aumento de casos anormales, que requieren la intervención de la ciencia y en cuyo tratamiento le deseamos el mejor éxito al distinguido psiquiatra.

Pero si el ser un afamado médico no da particular aptitud para dirigir la construcción de un puente, tampoco la da para la dirección de la vida espiritual de la juventud.

Y sin vida espiritual toda moralidad es deficiente. Por no haber captado esta necesidad, la obra educativa del Dr. Guillermo Stekel resulta incompleta.

Victor CADILLAC, SS. CC.